

Las Últimas Noticias

DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

SANTIAGO DE CHILE, MARTES 6 DE MAYO DE 1941

DE NUESTROS REDACTORES.—

14.ther!

UN AMIGO DE LA ARQUITECTURA

LOS GRANDES hombres y los pequeños hombres han tenido siempre sus pequeñas o sus grandes preferencias, sus gustos, sus manías, sus distracciones, inocentes en la mayoría de los casos. Y siguen y seguirán teniéndolas. Pero como no son los pequeños hombres los que hacen la historia, lo cual no deja de ser una suerte para ellos, resulta que sus manías, sus gustos o sus distracciones no tienen importancia histórica alguna. Son las de los grandes hombres, las de aquellos que hacen, bien o mal, la historia, las que tienen importancia. Napoleón, según dicen, tenía la manía de cambiarse las camisas; lo hacía cuatro o cinco veces al día. Tenía, además, la de darse largos baños calientes, baños de dos o tres horas. ¿Por qué si se bañaba tanto, se cambiaba tanto de camisas? Era una manía. Guillermo, el ex Emperador de Alemania, tiene la de manejar el hacha y partir leña con ella. ¿Por qué parte leña en su casa, con toda seguridad, tiene calefacción central? Es su manía. Roosevelt tiene la de pescar. Churchill, según parece, tiene la de fumar; Mussolini la de trabajar en labores agrícolas. Estas manías, como se ve, así como las de la mayoría de los hombres, son inocentes e inocuas. Son una especie de puerta de escape para alguna fuerza que existe en ellos y que busca cualquiera forma de manifestarse. Pueden ser, también, una forma de substraerse al medio, de aislarse. Cuando un individuo practica algún trabajo manual y llega, con el tiempo, a dominarlo mecánicamente, es decir, a hacerlo de tal modo que su inteligencia no intervenga ya en él, descubre que puede, en el mismo tiempo que trabaja, pensar en infinitas cosas más útiles que el trabajo que sus manos están haciendo. Esto, supuesto que pueda pensar en cosas útiles.

Conocemos hoy casi todas las manías de los grandes hombres de nuestra época, de aquellos hombres que, mal o bien, están haciendo la historia de nuestro tiempo. Pero, por mi parte, desconocía la de uno de ellos; la de Adolfo Hitler. Sabía que no se pirraba por las mujeres, que no le gusta el vino, que no juega tenis, que no se cambia de camisas varias veces al día, que no se da largos baños calientes, que no fuma, que no le interesa la pesca, que las labores agrícolas le dejan frío y que la corta de leña le es tan indiferente como el lucero del cielo. ¿Qué manía será la de este grande hombre?, me preguntaba, pues, al revés de lo que puede suponerse, no soy en ningún modo indiferente a la vida de los grandes hombres. Mi pregunta ha tenido una contestación: Adolfo Hitler tiene una manía de la arquitectura, es un amante y un amigo de esta ciencia de las ciencias puras. En su último discurso, refiriéndose a su enemigo número uno, al fumador de puros, a Churchill, dijo: "¿Qué le importa a este hombre la vida de los demás? ¿Qué le importan la cultura y la arquitectura?" En realidad, no sé si Churchill le importan esas cosas, sobre todo no sé si le importa la arquitectura. Pero no me cabe duda de que a Hitler le importa.

En estos días aciagos, en que desde los aviones de guerra se arrojan sobre las ciudades cientos de miles de bombas incendiarias y de cientos de arquitectos y de miles de obreros, es un deber para la humanidad saber que un hombre tan importante como Hitler, que está escribiendo en estos momentos una de las más grandes páginas de la historia, es amante de la arquitectura.

Manuel ROJAS.